
ALGUNOS ASPECTOS DE LA CRISIS
DE LAS EXPLOTACIONES CAMPESINAS
FAMILIARES EN CATALUNYA

Jesús CONTRERAS HERNÁNDEZ
Universidad de Barcelona
Institut Català d'Antropologia

Ponència presentada a les Jornades sobre l'Explotació Familiar Agrària a Catalunya.

El hablar de "explotaciones campesinas de tipo familiar", nos obliga a tomar en consideración las características propias y específicas que definen por una parte una explotación económica y, por otra, la estructura y funcionamiento de una familia y /o grupo doméstico, así como la unidad económica y social resultante del conjunto compuesto por el grupo doméstico y la explotación económica. Ello ha de ser así porque las características del grupo doméstico en cuanto a su estructura y funcionamiento (número y clase de sus miembros, herencia y reproducción de la estructura, distribución de funciones dentro de la misma, etc.) condicionan en parte las características específicas de la explotación considerada desde el punto de vista económica más estricto. Asimismo, las características de la explotación (sistema de tenencia, tamaño, tipos de cultivos, etc.) requieren una adecuación del propio grupo doméstico a la explotación.

Teniendo en cuenta el sistema de herencia existente en Catalunya (la Catalunya Vella, fundamentalmente), el sistema de primogenitura masculina y el tipo de residencia patriheredolocal (2) del nuevo matrimonio, el tipo de familia con que nos encontramos es la llamada familia troncal (*pairal* en Catalunya). Ello quiere decir, también, que la estructura de la unidad de producción que constituye la explotación campesina responderá a las características estructurales de dicho tipo de familia y a los condicionamientos demográficos que son determinados por el sistema de herencia imperante —la primogenitura— y cuya manifestación más inmediata es la emigración prácticamente obligada de los *cabalers* (segundones).

Por otra parte, la explotación económica que constituye el objeto de trabajo de la familia *pairal* o troncal a la que nos acabamos de referir podría decirse que respondía a las características económicas de una economía familiar tal como fueran caracterizadas por Chayanov (1974): su organización estaba determinada por la propia composición de la familia, el número de miembros que la integra, su coordinación, sus demandas de consumo y el número de trabajadores con que

cuenta. Asimismo, podría decirse que las condiciones de reproducción de estas economías familiares se basaban –y se basan– fundamentalmente en las condiciones de reproducción del propio grupo doméstico constituido por la familia troncal.

Ahora bien, las condiciones de reproducción de las explotaciones campesinas de tipo familiar deben considerarse en la actualidad desde la óptica de que la práctica totalidad de las mismas han pasado de una producción orientada fundamentalmente hacia el consumo a una producción orientada casi exclusivamente hacia el mercado. Ello es así, incluso, en las zonas más marginales de Catalunya (las comarcas pirenaicas) que se han especializado en la producción de ganado y producción lechera. Con ello queremos decir que de ningún modo podemos hablar ya de explotaciones familiares autosuficientes y sí, en cambio, de explotaciones con altos grados de dependencia de factores externos, de entre los cuales, los condicionamientos sintetizados por el sistema de mercado son los más importantes, aunque, en ningún caso, los únicos.

Partimos, en esta comunicación de que la progresiva penetración del capitalismo en el campo catalán (nos queremos referir especialmente a aquellas comarcas en las que su penetración había sido débil o muy débil hasta el inicio del Plan de Estabilización) ha supuesto un rápido incremento de la inestabilidad de las explotaciones campesinas de tipo familiar provocando la desaparición de las mismas. Ahora bien, esa penetración del capitalismo refiere a tres modos de actuación o de penetración, todos ellos complementarios y con una incidencia mutuamente recíproca y de efecto multiplicador: a/penetración estrictamente económica –mediante la integración en el mercado, fundamentalmente–; b/penetración sociológica –mayor diferenciación social y nuevas estrategias sociales; y c/penetración ideológica –nuevas expectativas de vida o de comportamiento inculcadas a partir de los medios de comunicación de masas, la educación escolar o a partir de las nuevas relaciones sociales–. Los efectos de cada uno de estos modos de penetración es desigual según las características particulares de cada comarca y, a veces, incluso, de las características de cada explotación familiar (3).

LA CRISIS DE LA INSTITUCIÓN DEL "HEREU"

Existen unos factores generales que permiten delimitar y clasificar el cambio estructural en el seno de la familia campesina. Shanin (1971) considera tres factores (4): 1/la extensión de las relaciones de mercado, la penetración monetaria y de nueva tecnología que convierten, gradualmente, la explotación campesina familiar en una empresa de naturaleza capitalista; 2/el rápido incremento de la división del trabajo, relacionado con la extensión de la economía de mercado, que ha dado lugar a un rápido desarrollo de una especialización profesional en los pueblos; y 3/ el proceso de desintegración de las culturas campesinas específicas y tradicionales bajo el impacto de la comunicación de masas. Los mass-media, el sistema educativo estatal, el servicio militar y las migraciones temporales, todo ejerce poderosas influencias de cara a la difusión de nuevos patrones culturales en los ambientes rurales o campesinos.

Más particularmente, en el caso de la familia campesina de las zonas a las que nos referimos, puede afirmarse que, de un modo muy generalizado ha decrecido la autoridad, antes indiscutible, del jefe de familia (y "empresario" de la explotación), así como que ha decrecido, también, el grado de control que éste ejercía sobre sus hijos, sobre todo sobre el *hereu*. Uno de los aspectos fundamen-

tales sobre los que ese control se hacía efectivo era, precisamente, sobre la propia estrategia matrimonial, planificada más por los padres que por el *hereu*, pues, en definitiva, la estrategia matrimonial era, simultáneamente, la estrategia patrimonial. En la actualidad, el papel económico de los hijos ha variado considerablemente a partir del momento en que la emigración es una "alternativa" para todos ellos y no sólo la alternativa "obligada" para los segundones. O, también, el papel económico de los hijos y su grado de dependencia respecto a los padres cambia desde el momento en que existe una alternativa global a la ocupación agrícola, dedicándose a otra ocupación por ejemplo, o invirtiendo en otro tipo de empresa (taller, turismo, comercio, construcción, etc. según los casos).

En cualquier caso, la emigración de los jóvenes campesinos es una de las realidades más sobresalientes del campo español en general y del catalán en particular, con mayor gravedad todavía en éste último (5).

Querriamos enfatizar que la emigración de jóvenes campesinos ha existido siempre en Catalunya, como consecuencia del sistema de herencia basado en la primogenitura. Ahora bien, esa emigración formaba parte del propio sistema de reproducción de las explotaciones de tipo familiar, caracterizado por expulsar a todos los segundones y por adquirir un nuevo miembro por cada generación mediante el matrimonio. Así pues, al hablar de emigración, nuevamente nos queremos referir a una emigración que, si bien por una parte constituye un importante incremento cuantitativo respecto a la emigración secular de los *cabalers* (segundones), por otra, se trata de una emigración cualitativamente distinta: la de los propios primogénitos o *hereus*. Los *hereus* son los encargados de asegurar la continuidad de la familia troncal, y con ella, la continuidad de la explotación campesina. Así pues, si hasta ahora la emigración de segundones simplemente contribuía a hacer viable una explotación económica basada en la estructura y funcionamiento de la familia troncal, la emigración actual, que afecta ya a los herederos, trunca la continuidad de la familia y su reproducción como unidad de producción campesina. Dicho de otra manera, la emigración de los segundones no suponía el final de la casa/explotación, sino su reproducción; la emigración, en la actualidad, que incluye a los *hereus*, sí supone la desaparición o extinción de las casas/explotación, puesto que afecta directamente al elemento encargado de asegurar la continuidad de la misma (6).

La institución del *hereu* atraviesa en estos momentos una situación de crisis definitiva y esta crisis provoca la falta de continuidad de la explotación familiar. Las alternativas a esta crisis son de diferentes tipos, según las posibilidades de cada familia y según las alternativas particulares (locales) y generales que se ofrecen a la misma o a los diferentes elementos que la componen. En algunos pueblos de alta montaña (comarcas del Pallars y Alt Urgell, por ejemplo), la institución del *hereu* está prácticamente en desuso. No se nombra *hereu* y se queda aquél de los hijos que quiera seguir en la casa, en el caso, claro está de que quiera quedarse alguno.

Las alternativas a la desaparición del *hereu* son, en cualquier caso, muy heterogéneas. Citamos algunas de las más seguidas: 1/ Abandono definitivo de la tierra y de la explotación campesina; 2/ Práctica de una agricultura a tiempo parcial o a horas, aunque sobre todo los sábados, festivos y tiempo de vacaciones; 3/ Incremento de la mecanización para suplir la falta de fuerza de trabajo familiar (7); y 4/ El trabajar conjuntamente dos hermanos en la explotación (8). Obviamente, no consideramos aquí aquellos casos en los que el *hereu* permanece

en la explotación pero **soltero** y sin perspectivas de contraer matrimonio. Esta situación la consideraremos con algo más de detalle más adelante.

EL PROBLEMA DE LA NECESIDAD DE UNA INVERSIÓN CONSTANTE PARA LA "RACIONALIZACIÓN" DE LAS EXPLOTACIONES

Todos los campesinos, tanto propietarios como aparceros o arrendatarios, necesitan invertir constantemente en sus explotaciones. Esta necesidad de invertir constantemente es consecuencia de una serie de circunstancias: por una parte, las derivadas de la especialización progresiva a la que han sometido la producción de su explotación; por otra, las directamente derivadas del cambio de orientación de la producción: del consumo al mercado. El campesino es muy consciente de que necesita estar realizando inversiones en su explotación constantemente:

"hasta para ser *pagès* (campesino) se necesita capital, porque una buena vaca puede costar 60.000 ptas. (en 1972). Luego, si las quieres vender, te darán mucho menos. Pasa lo mismo que con todas las cosas".

Las mejoras en la explotación, su adecuación a las necesidades para intensificar la producción y, en definitiva, conseguir la "racionalización" técnica y, por tanto, económica es considerado todo ello como un círculo vicioso, un callejón sin salida en el que constantemente se tienen más posibilidades de perder que de ganar. En el caso de una explotación ganadera, decía un campesino:

"Menos de seis vacas ya no es rentable, ya que los pocos dineros que ganas los tienes que volver a invertir... Además, que no les pase nada... una vaca puede ir mal de parto y si se pierde el ternero o la vaca, pierdes más de cuarenta mil pesetas".

La inversión, pues, dista mucho de ser una inversión mínimamente asegurada, sin riesgos. En el caso de una explotación ganadera, los que disponen de algún dinero pueden invertirlo en una nueva vaca. Pero el resultado de esta inversión no depende sólo de la calidad de la vaca, sino también de la mayor o menor abundancia de la cosecha de hierba. La inversión peligra si la cosecha no es buena. Algunos campesinos ganaderos dicen que la compra o el aumento del número de vacas está en función de la cosecha de hierba y ésta, evidentemente, tiene unos resultados muy coyunturales:

"Hay años que si la cosecha es buena, se pone una vaca más. Esta vaca, si es un poco buena, costará cincuenta mil pesetas (1972). Al año siguiente, se puede no coger la suficiente hierba y, entonces, se tiene que comprar un camión de alfalfa que vale de 35 a 45 mil pesetas o se tiene que vender la vaca por menos de la mitad de lo que te costó. Además, cuando alguien del pueblo queremos vendernos una vaca, nadie del pueblo acostumbra a quererla comprar, ya que el mal año de hierba lo ha sido para todos. Entonces, hay que venderla a un negociante que te paga a precio de matadero".

Son muchos, pues, los factores que inciden no ya en la rentabilidad, sino en la simple amortización de la inversión realizada o en la rentabilidad de la explotación en su conjunto. Es muy ilustrativa la manifestación de un campesino al respecto:

“El campesino, para ganar, necesita comprar una buena vaca, tener un buen año de hierba y que la vaca tenga terneros”.

y aún ello sin tener en cuenta el papel importantísimo de otros costos de producción y la variabilidad del precio de los mismos en el mercado.

La necesidad de una inversión constante y los peligros de la misma se presenta también a los campesinos especializados en la producción frutícola y en cualesquiera otros tipos de explotaciones especializadas (9).

Por otra parte, la producción cosechada por hectárea varía en función de muchos factores que el campesino no puede controlar (enfermedades de los animales o de las plantas, heladas, granizo, cantidad y época de las lluvias, grado y época de las temperaturas) y también varía en función de otros factores que suponen, por sí mismos, otra inversión (cantidad y calidad de abonos utilizados, piensos, insecticidas, podas, injertos, etc.). Además, en el caso de la producción frutícola no sólo interesa la cantidad de la cosecha, sino también la calidad; igual ocurre con la producción lechera y otras producciones. En efecto, la “calidad” es **muy controlada** por los compradores, hasta el punto de que existen diferentes precios para diferentes tamaños de los frutos, por ejemplo, o para el litro de leche, según la cantidad de grasa que contiene. Todo ello exige del campesino que, constantemente, tenga que invertir, y no tanto en la mejora objetiva de su explotación desde el punto de vista técnico, sino en su **adecuación** a las exigencias de un mercado que es cada vez más variable y fluctuante y generalmente en detrimento suyo (10).

Esta situación es especialmente crítica para las explotaciones familiares, fundamentalmente como consecuencia de la falta de unos precios fijos y “mínimos” para sus productos. No en vano esta es una de las reivindicaciones permanentes de los campesinos y una de las más importantes para ellos a juzgar por el relieve que ellos mismos le conceden (11).

Este estado de cosas coloca a los campesinos en una situación de permanente y progresiva dependencia ante el mercado. El problema que el sistema de mercado plantea al campesino es siempre grave: si la cosecha es escasa, un relativo buen precio no compensa los costos de producción habidos y el campesino puede sufrir pérdidas irreparables; si la cosecha es buena, y peor si es excelente, los precios se derrumban y el campesino no puede vender si no es por debajo de los costos de producción, optando, en algunos casos, por no llevar a cabo la cosecha, ahorrando así los jornales de la recogida. En el caso concreto de la producción lechera, el problema presenta características específicas: los campesinos se convierten en **una especie de asalariados** de las centrales lecheras, pero con la particularidad de que es el propio campesino (el propio “asalariado”) quien corre a cargo de los costes de la producción y con los riesgos de la explotación o empresa. Por otra parte, ese campesino “asalariado” tiene una gran dificultad o está en una situación de inferioridad frente a la posibilidad de la discusión de los precios agrarios que podría considerarse el equivalente a la negociación de los “convenios colectivos” de los asalariados (recuérdese por ejemplo, la “guerra de la leche” de 1974). Además, si no entrega la leche, no sólo deja de cobrar su “salario”, sino que, además, pierde su capital invertido. No es necesario insistir en este tema, pues ya ha sido suficientemente tratado en otras ocasiones y por otros autores (12). Baste con decir que la penetración del capitalismo en la agricultura se ha caracterizado, por una parte, por suponer un alza constante de los costos de

producción para el campesino y, por otra, por una remuneración constante mediante el mantenimiento y control de los precios agrícolas pagados al mismo campesino. Ello, a su vez, ha ido suponiendo unos márgenes cada vez más reducidos para las explotaciones campesinas, provocando un alto grado de inestabilidad e inseguridad en dichas explotaciones. A la imposibilidad de hacer frente a esa necesidad constante de inversión y a la inestabilidad y riesgo que conlleva, muchos campesinos deciden cerrar sus explotaciones y emigrar. Así pues, este problema supone la creación de un gran número de dificultades de cara a las condiciones necesarias para la reproducción de estas explotaciones de tipo familiar, como consecuencia de las cuales, obviamente, muchas de ellas dejan de reproducirse.

LA NO-REPRODUCCIÓN DE LAS EXPLOTACIONES CAMPELINAS DE TIPO FAMILIAR

Desde un punto de vista estrictamente "empresarial", dando a este término las connotaciones capitalistas que conlleva, podría decirse que la emigración ha contribuido a **racionalizar** las explotaciones campesinas (13). En efecto, el abandono del campo por parte de muchas familias campesinas ha permitido (mediante el arrendamiento o la compra) aumentar el tamaño de las explotaciones de aquellas familias que, por el momento, permanecían en el campo. Asimismo, la falta de mano de obra para hacer frente a la mayor necesidad de fuerza de trabajo que supone una explotación mayor podía ser suplida, de un modo más o menos satisfactorio, mediante un mayor grado de mecanización o tecnificación. Incluso, en algunos casos, explotaciones en estas condiciones, han podido acceder a un grado suficiente de rentabilidad (14). ¿Cómo explicar, entonces, que, incluso, cuando las explotaciones son consideradas rentables, los herederos abandonen las explotaciones para dirigirse a los centros urbanos e industriales?

La generación que rige las explotaciones familiares actuales está convencida de que sus hijos no quieren seguir en ellas. Los jóvenes, por su parte, confirman esta creencia manifestando constantemente sus intenciones de abandonar el pueblo.

A partir de esta problemática, es obvio ya que, para el campesinado catalán, cada vez es menos válida (si alguna vez lo fue) la caracterización que Chayanov (1974) hace del campesinado y de la economía campesina. No puede decirse ya que el trabajo realizado por el campesino no sea mensurable en dinero aunque se trate del "trabajo y esfuerzo de la propia familia del campesino". Tampoco se puede decir que el campesino no calcula las rentas de la tierra (15) que posee o explota y tampoco deja de tener en cuenta otros indicadores. Ello ha dejado de ser así por que el campesino, incluso el de las áreas más marginales, orienta la casi totalidad de su producción al mercado. En algunos casos, incluso, hasta el "huerto familiar" ha sido suprimido. Efectivamente, puede concluirse ya que el objetivo de la economía doméstica campesina no se reduce a la satisfacción de las necesidades elementales de la familia. Otras necesidades son sentidas hoy día: falta de condiciones "adecuadas" de las viviendas campesinas, falta de centros de estudio, falta de medios recreativos, falta de asistencia médica, falta de "comodidades" y otros servicios. Quizá una de las "comodidades" de las que más faltos se sienten los campesinos sea la del descanso semanal y las vacaciones anuales. No queremos entrar ahora en el proceso mediante el cual los campesinos

encuentran a faltar hoy lo que antes podían considerar "inútil" (la educación escolar), un "lujo" innecesario (ciertas condiciones de las viviendas), o un sistema de desprecio al trabajo (vacaciones). Lo que nos importa realmente ahora es que los campesinos sienten esas necesidades y que para satisfacerlas pueden clausurar definitivamente sus explotaciones agrícolas o ganaderas, incluso cuando éstas son rentables.

En este sentido, tiene una cierta importancia la percepción que los campesinos, sobre todo los más jóvenes, tienen respecto a su propio trabajo. Uno de los aspectos que caracterizan la percepción que los campesinos tienen de su propio trabajo es el que hace referencia a la esclavitud del mismo:

"Trabajamos mucho... somos como esclavos... Por la mañana ordeñar, darles comida, limpiar la cuadra. Por la tarde, lo mismo otra vez. Este trabajo es siempre el mismo, todos los días de la semana... y sin festivos. Además, nosotros somos los únicos que trabajamos las vacaciones sin cobrar el doble".

A la "dureza" y permanencia del trabajo se añaden otros factores como la insuficiencia generalizada de la Seguridad Agraria y, más concretamente, la precaria jubilación del agricultor:

"Mi marido hace dos años que los cobra (la jubilación) y apenas hay para el café y para el tabaco".

Todas estas condiciones van consolidando una valoración negativa del propio trabajo y de las condiciones en que se desarrolla por parte de los campesinos. A esta valoración negativa se añade, sobre todo por parte de los más jóvenes, una valoración positiva de las ocupaciones asalariadas:

"Ahora gana más un *paleta* (albañil) de los que hacen casas, que un *pagès* con diez vacas".

"La máquina (de hacer dinero) la tienen los del bar, que ya da bastante, y es mucho más limpio... y no tienen que revolver vacas ni estiércol".

En cualquier caso, lo que más preocupa a los jóvenes campesinos, más que la posible dureza del trabajo, es la "esclavitud" o "atadura" que conlleva. Efectivamente, muchos campesinos piensan que el trabajo, hoy, no es tan "duro" como antes, que "trabaja más una mujer de antes que un hombre de ahora", que un sólo hombre, con maquinaria, puede hacer todo el trabajo que antes tenían que realizar entre todos los miembros de la familia, etc.

Por todo ello, cada vez es más frecuente que los campesinos comparen su trabajo y su situación laboral con la de los obreros industriales o asalariados en general. Y se sienten en inferioridad respecto a ellos. No importa que sean propietarios de más o menos hectáreas de tierra o de tantas o cuantas cabezas de ganado. El campesino siente sobre sí todos los inconvenientes de un "empresario" y ninguna de sus ventajas (basta con recordar los problemas constantes de inversión, del incremento constante de sus costos de producción y de precios no remuneradores para sus productos, su falta permanente de liquidez, la no rentabilidad de su capital invertido). Tampoco disfruta de las "ventajas" del trabajador asalariado (no dispone de un salario fijo, sino que "su salario" está sujeto al resultado de la cosecha y a su variabilidad; su salario fluctúa, además, en función de la coyuntura del mercado; y su debilidad, sobre todo hasta estos dos últimos años, de cara a negociar los precios agrarios frente al gobierno, era manifiesta (16)).

Pero la valoración de las condiciones del trabajo agrícola y ganadero es todavía mucho más negativa por parte de las mujeres, de las mujeres jóvenes. Es ya un tópico el rechazo de la vida del campo por parte de las mujeres. Y este rechazo de la vida del campo lleva consigo el rechazo de los jóvenes campesinos, sean estos herederos o no, aunque el rechazo se dirige de un modo más manifiesto hacia los herederos precisamente:

“Las chicas no se casan con la gente del pueblo, y menos con los *hereus*. Como tienen familias en Barcelona o Manresa, pasan unos días, aprenden a hacer de peluqueras, luego les sale un novio y ya se quedan... Aquí hay chicos guapos, simpáticos, buenos chicos... Y los hay de cuarenta años, *concos* (solterones), hay muchos *concos*”.

“Hasta prefieren casarse con un guardia civil antes que con un *pagès* (campesino)”.

Las dificultades con que se encuentran los *hereus* para casarse trascienden el nivel anecdótico y se convierten en un problema estructural y que impide asegurar la continuidad de la explotación doméstica. La *Unió de pagesos* (sindicato de los campesinos de Catalunya), incluso, incorpora este problema en sus análisis de la situación de la agricultura catalana y hablan de un:

“...complejo de inferioridad, de inseguridad, que se manifiesta especialmente en los jóvenes, y más concretamente en la dificultad de encontrar una chica que se quiera casar con un chico campesino, aunque ella sea hija de campesino. Se da el caso de que muchos jóvenes, cuando van a bailar, no se atreven a decir que trabajan de agricultores, por temor a que la chica los deje plantados (*La Terra*, 1975, nº 1: p. 9).

Esta situación (en algunos casos llega a ser obsesiva para los herederos o para sus padres (17)) impulsa a una mejor valoración de los trabajos asalariados en la industria o en los servicios y, a partir de esa comparación, se justifica ya, o cuando menos se explican, el rechazo de las mujeres frente a la posibilidad de matrimonio con un campesino. En efecto, establecen comparaciones en los siguientes términos:

Si se casa con un obrero o empleado:

–“Podrá vivir en un piso y disfrutará de la comodidad que ello representa”.

–“Dispondrán de fines de semana y de vacaciones”

–“El obrero industrial tiene el salario asegurado en ocho horas”

–“El obrero industrial puede disponer de sus ahorros para mejorar su nivel de vida”

Si se casa con un campesino:

–“Tendrá que vivir apartada del núcleo de población, vivir en una casa en mal estado”.

–“Continuamente deberán estar al cuidado de la granja, de la cuadra”

–“No hay horario fijo y uno está siempre preocupado por la inseguridad del tiempo o de los precios”

–“Siempre hay que estar invirtiendo los ahorros en abonos, maquinaria...”

Todas estas frases son frases que los jóvenes y los ancianos las repiten constantemente. En cualquier caso, el índice de soltería es considerablemente

elevado en muchos pueblos campesinos, sobre todo en los más alejados de centros urbanos mínimamente importantes y, en general, en los pueblos ganaderos de montaña. En estos últimos, entre los "solterones" y los jóvenes dispuestos a emigrar a causa de su perspectiva de no poder contraer matrimonio si permanecen en el pueblo, en algunos casos supone que el cien por cien de las casas o explotaciones ganaderas están amenazadas con su extinción definitiva. La desaparición de las explotaciones es inmediata cuando el campesino "solterón" entra en la vejez. Llegado ese momento, ha de vender o arrendar sus tierras y vender el equipamiento mecánico de la explotación, el ganado si lo hay, etc.

Por otra parte, el interés de los jóvenes por un trabajo asalariado (preferentemente en un centro urbano) o el desinterés por hacerse cargo de la explotación doméstica, constituye una amenaza cierta para la continuidad de las explotaciones familiares. Los padres, o los ancianos, están convencidos de ello e, incluso, cuando hay heredero, todavía no están convencidos de la continuidad, y, así, dicen:

"Es difícil saber lo que piensan los jóvenes. El *hereu* se ve obligado a quedarse; pero estos jóvenes aguantan mientras están los viejos, pero cuando se quedan solos, nadie sabe lo que harán. Lo más seguro es que no querrán continuar. Ahora no se atreven a plantearlo, pero, ¿luego?"

Por otra parte, además, esta falta de seguridad respecto a la continuidad de la explotación familiar o la seguridad de su no continuidad retrae a los padres (a los directores actuales de la empresa familiar) respecto a realizar nuevas inversiones de cara a mejorar la explotación y su rentabilidad. Aunque existan las condiciones económicas para realizar inversiones y aunque se dispongan de las garantías sobre la rentabilidad de las mismas, las inversiones **no se realizan** en muchos de estos casos, a menos que exista un *hereu* "comprometido" en la continuidad de la empresa familiar. Todo ello, pues, contribuye a mantener una productividad por debajo de la productividad potencial de estas explotaciones campesinas de tipo familiar.

Como conclusión de esta comunicación nos limitaremos a señalar que las condiciones para la reproducción de las explotaciones de tipo familiar son cada vez más difíciles o cada vez más escasas, tanto desde el punto de vista de las condiciones económicas necesarias (necesidad de realizar inversiones de cara a adecuar permanentemente las explotaciones e inestabilidad de las mismas a partir de las negativas fluctuaciones que el mercado tiene de cara a los campesinos), como desde el punto de vista de las condiciones sociológicas (considerable dificultad de los herederos para contraer matrimonio y poder, así, continuar la explotación familiar). Como consecuencia de esta doble falta de las condiciones necesarias para la reproducción de las explotaciones domésticas son cada vez más casas que se **cierran** y es muy grande el número de casas que es previsible se cierren en un período de tiempo muy breve.

Esta crisis de las explotaciones domésticas no es tanto la crisis de una agricultura, la **tradicional** como dirían los "desarrollistas" o los teóricos de la "modernización", sino una crisis de la agricultura (hasta un cierto punto la emigración no supone reducción de superficie cultivada, pero sí a partir de otro).

Y esta crisis de la agricultura responde, simplemente, a un progresivo desarrollo del capitalismo que acentúa las contradicciones entre la agricultura y la industria, entre la ciudad y el campo.

NOTAS:

(1) Los materiales que sirven de base a las reflexiones que aquí se presentan son fruto del trabajo de campo realizado en las siguientes comarcas y fechas: Alt Berguedà (verano de 1972); Baix Cinca (julio de 1974) y Pallars y Alt Urgell (abril de 1975). Es a estas zonas, por tanto, a las que se refieren las afirmaciones y las citas de campesinos que aparecen en el texto de esta comunicación.

(2) Entendemos por residencia **patriheredolocal** aquella en la que el nuevo matrimonio se traslada a vivir a la casa de los padres de aquel de los cónyuges que hereda: a la casa de los padres del *beru* (heredero) si hay primogénito masculino o a la casa de los padres de la mujer si la heredera es la mujer (*pubilla*).

(3) Nos referimos a características tales como comunicaciones, distancias a centros urbanos e industriales más o menos importantes, condiciones ecológicas y, según ellas, características de la producción campesina, sistemas de propiedad y de tenencia de la tierra, tamaños de las explotaciones, recursos demográficos de los grupos domésticos, etc.

(4) En realidad considera cuatro, sólo que el cuarto (referido a cambios políticos radicales por lo que se refiere a su incidencia en la agricultura, como, por ejemplo, procesos de reforma agraria o colectivización), no tiene, consideramos, relevancia en el caso que nos ocupa.

(5) El promedio de edad del campesinado catalán es de 52 años y sólo el 3% de los campesinos tiene una edad inferior a los 25 años, mientras que un 54% sobrepasan la edad de 55 años (datos referidos al año 1972).

(6) Por esta razón, y para un mejor análisis de las causas y efectos de la emigración del campo a la ciudad, sería necesario recoger datos no sólo relativos a las pérdidas y ganancias de población y las correspondientes pirámides de edades, sino también la evolución, su mantenimiento o disminución, del número de **casas** o explotaciones existentes.

(7) En otros casos, la mecanización puede responder a las exigencias de los hijos que amenazan con emigrar si sus padres no mecanizan la explotación.

(8) Esta última solución es más frecuente en aquellas zonas en las que las características de la propiedad o de la explotación y de su grado de tecnificación. En este momento, nos ahorramos la crítica a una

(9) Ver algunas cifras relativas a los costos de producción por Ha. de algunos cultivos en plena producción:

Manzana "golden"	32.000 Kg. / Ha.	237.948 Ptas. / Ha.
Manzana "starking"	24.000 "	218.940 "
Pera "limonera"	22.500 "	181.731 "
Melocotón "Sant Llor"	22.000 "	291.227 "
Viña (secano medio)	10.500 "	95.074 "
Patata (nueva)	24.000 "	255.482 "

Datos obtenidos de la *Unió de Pagesos* y relativos a 1976.

(10) Uno no puede dejar de sorprenderse que ante la dependencia tan problemática que las coyunturas del mercado provocan a los campesinos, el Presidente de la Agrupación Nacional de Frutas Varias declarara, durante la Feria Agrícola de San Miguel (Lleida, 1974), que: "*hay que partir de cero. Hay que reconvertir las plantaciones actuales para crear la fruta que el mercado exige en estos momentos*".

(11) Al problema de la inversión constante y al de la falta de unos precios remuneradores responden, precisamente, las dos primeras conclusiones del llamamiento de la *Unió de Pagesos* de Diciembre de 1975: 1/ "*Hemos de luchar por unos precios remuneradores y justos de los productos del campo que nos permitan vivir con dignidad*"; 2/ "*Hemos de exigir las ayudas necesarias (tal como las reciben los sectores industriales) para el campo: créditos, primas, acciones del Iryda, para que nuestras explotaciones lleguen a ser productivas y puedan llegar un día a producir con los precios rentables que necesita nuestra sociedad, sin ningún tipo de protección especial*".

(12) Cf.: Gaviria (1975), Contreras (1975), Sarlé (1977).

(13) No creo que sea necesario recordar que para la política agraria española de estas últimas décadas, la racionalización de las explotaciones ha sido considerada, única y exclusivamente, en función del tamaño

de la explotación y de su grado de tecnificación. En este momento, nos ahorramos la crítica a una concepción tan estrecha como ésta, pues bien es sabido que el problema principal no es el del tamaño, sino el del intercambio desigual entre la agricultura y la industria, el de unos precios agrícolas frente a unos precios industriales libres...

(14) La rentabilidad "suficiente" la consideramos en términos de los propios campesinos y no a lo que deba considerarse una rentabilidad adecuada desde el punto de vista de un empresario capitalista. Es obvio que el tipo de campesino al que nos estamos refiriendo compara su actual situación con la anterior y encuentra "que ha mejorado". Para el tipo de consideraciones que estamos realizando en esta comunicación no hace falta decir, por otra parte es suficientemente evidente, que en esta situación también aumenta la plusvalía que se le expropia mediante el precio que paga por sus productos y los precios que se le hacen pagar por los *inputs* que necesita.

(15) Los cálculos de costes por hectárea -Cf.: nota 9- constituyen una prueba de que, por lo menos en la actualidad, el campesino sí calcula.

(16) Podemos recordar, en este sentido, el tratamiento dado por el gobierno a las reivindicaciones de precios remuneradores para los productos agrarios durante todos estos últimos años y el tipo de respuesta campesina: las llamadas "guerras agrícolas" (Cf.: Contreras, 1975).

(17) En una reunión, en el Servicio de Extensión Agraria de La Seu d'Urgell, a la que habían sido convocados los campesinos de la comarca con motivo de la visita de un alto funcionario del Ministerio de Agricultura de Madrid, y ante las promesas de éste en el sentido de que les iban a proporcionar un camión de vacas de excelente raza para mejorar su producción, un viejo campesino replicó, diciendo:
"Lo que necesitamos no es un camión de vacas, sino un camión de mujeres. Así, nuestros hijos no se marcharían".

BIBLIOGRAFIA

- CHAYANOV, A. V. *La organización de la unidad económica campesina*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.
- CONTRERAS, J. "Las guerras agrícolas" en *La España Agraria*. Cuadernos para el Diálogo, 1975. Extra nº XLV, pp. 84-88. Edicusa, Madrid.
- GAVIRIA, M. "La dependencia de los agricultores", en *La España Agraria*. Cuadernos para el Diálogo. 1975. Extra XLV, pp. 48-52. Edicusa, Madrid.
- SARLE, J. "Monopolis i agricultura", *Congrés de Cultura Catalana*. Reus, 1977 (fotocopiado)
- SHANIN, T. "Peasantry: delineation of a sociological concept and a field of study", en *European Journal of Sociology*, XII: pp. 289-300. 1971.
- UNIÓ DE PAGESOS. "El jovent marx del camp", en *La Terra*, nº 1, 1975.

RESUM

Les condicions per a la reproducció de les explotacions de tipus familiar són cada vegada més difícils o cada vegada més escasses, tant des del punt de vista de les condicions econòmiques necessàries (necessitat de realitzar inversions de cara a adequar permanentment les explotacions i inestabilitat de les mateixes a partir de les negatives fluctuacions que el mercat té de cara als pagesos) com des del punt de vista de les condicions sociològiques (considerable dificultat dels hereus per a contreure matrimoni i poder així, continuar l'explotació familiar). Com a conseqüència d'aquesta doble manca de les condicions necessàries per a la reproducció de les explotacions domèstiques són cada vegada més les cases que es tanquen i és molt gran el nombre de cases que és previsible que es tanquin en un període de temps molt breu.

Aquesta crisi de les explotacions domèstiques no és tant la crisi d'una agricultura, la tradicional com dirien els "desenrotllistes" o els teòrics de la "modernització", sinó una crisi de l'agricultura (fins un cert punt l'emigració no suposa la reducció de la superfície cultivada, però sí a partir d'un altre). I aquesta crisi de l'agricultura respon, senzillament, a un progressiu desenvolupament del capitalisme que accentua les contradiccions entre l'agricultura i la indústria, entre la ciutat i el camp.

BIBLIOGRAFIA

- CHAYANOV, V. A. *La agricultura de los campesinos rusos*. Madrid, 1924.
- CONTRERAS, J. L. *La agricultura de los campesinos rusos*. Madrid, 1924.
- GAVARIA, M. *La agricultura de los campesinos rusos*. Madrid, 1924.
- JARRE, J. *La agricultura de los campesinos rusos*. Madrid, 1924.
- SHANNON, T. *La agricultura de los campesinos rusos*. Madrid, 1924.
- UNIO DE PAÏSESOS. *La agricultura de los campesinos rusos*. Madrid, 1924.